

AMOR DE ARTISTA

LOA

PERSONAJES

LA MUSA.
EL POETA.
DON PRUDENCIO.

AMOR DE ARTISTA

Sala modesta.

ESCENA PRIMERA

EL POETA

Todo acabó... Mis cartas. (*Arrojando un paquete sobre la mesa.*) ¡Ni ha querido escucharme! ¡Ah, mujer orgullosa! ¡Cuántas veces me ofendiste y cuántas te he perdonado! Y ahora no quieres perdonarme un arrebatado de mi pasión. Ofensa, dices, caricia debió parecerte, abrazo que ahoga, beso que muerde; pero caricia al fin. Pude hacerte sufrir, siempre fué por amarte demasiado. Tú no me amaste nunca. No; fría, insensible, solo has dejado hablar á tu orgullo; ni una palabra salida del corazón. ¡Mujer de mundo!

Yo no significaba en tu vida sino un capricho, un juguete, que destrozaste sin piedad. Tu corazón endurecido, bien pertrechado por la experiencia de la lucha, chocó con el mío, corazón de niño, corazón de poeta, sensible y delicado, donde no debió haber otro afecto, sin fuerzas aún para resistirle, que el dulce cariño de una madre, tibio calor que no abrasa, clara luz que no ciega. ¡Cómo podré vivir sin tu amor, si era mi vida entera! Si las horas que de ti me separaban me parecían aborrecibles, aun esperando verte, transcurridas; aun con gozar en verlas morir, lentas, minuto por minuto... Ahora, todas iguales, todas lejos de ti, sin que al pasar nos acerquen, al contrario, alejándonos más cada una al arrancar un recuerdo de nuestro corazón, al traernos en cambio al olvido. ¡Pobres cartas, esperadas con loca impaciencia, leídas con llanto de alegría, trasladadas del corazón á la memoria, para ser dulce alivio en horas de ausencia! Me parece que ha muerto la mitad de mi alma y la otra mitad sobrevive solo para sufrir y llorar... Cuanto había de bueno en

mí ha muerto con mi amor. Yo, incrédulo, por ella sentía despertar mi fe y por ella rezaba... ¡Cuántas veces, Dios mío, osé desafiarte... y te pedía su cariño, á cambio de mi adoración... y sintiéndome amado te adoraba, sin dudas, sin esfuerzos, y á ti acudía cuando esperaba impaciente una prueba más de cariño, una carta, una cita... ¡Ah, Dios mío, Dios mío! ¿Dónde he de hallarte ahora? ¡Morir!... Haber muerto á sus plantas, entre sus brazos... Ser un remordimiento eterno en su vida. Así ha podido asesinarme el alma; pero me verá vivo, sonriente acaso, y no sentirá pesar al verme, cadáver de un alma. ¡Ah, espíritu abatido; cómo te rehaces, cobarde, ante la idea de no ser! ¡Cómo sabes abrir resquicio á un débil rayo de luz y de esperanza!... ¡La poesía!... ¡El arte!... Mientras me sentí amado, nunca acudí á vosotros en demanda de alientos. ¿Será solo la gloria consuelo de los que no tienen amor? ¡Gloria!... Por ella me sentía capaz de conquistarla. Tal vez célebre y glorioso me hubiese amado más. Mas ahora... Si mis versos solo para ella tenían sentido, si mi dolor solo

en ella podía hallar consuelo, ¿á qué exponerlos á la mofa? ¿A qué hacer sainete para la risa de los demás, lo que es tragedia en mi corazón? Creí que solo el amor había muerto en mí. ¡Ah, cruel vampiro! Has secado por igual mi corazón y mi cerebro.

ESCENA II

EL POETA y DON PRUDENCIO

POETA

¿Quién?

DON PRUDENCIO

¿Cómo estás, perdido? Mala cara es esa. ¿Estás malo?... A ver el pulso... Pues, la mala vida. Tus padres me han escrito porque están con cuidado sin saber de ti. ¿Qué te pasa? ¿Cómo no has venido á verme en tantos días? Señal de que no has necesitado dinero; menos mal.

POETA

¿Le han escrito á usted de mi casa?

DON PRUDENCIO

Sí; muy disgustados. Esto no puede continuar: es preciso metodizar tu vida. ¿Qué piensas hacer?

POETA

¿Yo? No lo sé.

DON PRUDENCIO

¿Son estos los planes que te trajeron á Madrid? ¿Es esto lo que tus padres tenían derecho á esperar en pago de tantos sacrificios?

POETA

¡Ay, don Prudencio! Crea usted que si á mí pesar les ocasiono disgustos, que si por mí sufren, no es porque yo goce entretanto, no. Mis tristezas son tales, que alcanzan á cuantos me rodean; pero en los demás, por mucho que les importe, no son más que sombra y reflejo de las mías.

DON PRUDENCIO

¿Sufres? ¡Bah! Temperamento desequilibrado. ¿Porqué sufres? Vamos á ver. Des-

equilibrio: eso es todo. El desequilibrio es la muerte; desequilibrio entre lo anhelado y lo poseído, entre el sueño y la realidad, entre lo que quisiéramos conseguir y las fuerzas para conseguirlo, entre el pensamiento y la acción. Inmenso abismo que solo salva una voluntad firme.

POETA

¡Así es! Tanto, que dividido en dos mi ser, ni yo mismo conozco dónde está la verdad de mi existencia. ¿En el bien anhelado ó en los males que causo á mi pesar? ¿En mis palabras, donde revelo mi imagen al exterior, ó en lo profundo de mi ser, donde lucha y se agita ignorado un mundo que nadie penetró? No sé. La voluntad me falta; las decisiones del valor se detienen ante los vanos fantasmas del miedo... A merced de la suerte, ni preveo ni evito sus golpes, y en vez de sujetar mis acciones al pensamiento, acomodo después á mis acciones la voz de la conciencia. ¡Ah, la voluntad!... No creo en su poder. Necia pretensión del hombre que no se resigna á ser juguete de una fuerza

invencible y ciega. ¿Qué acción hay en nosotros voluntaria? Desde el nacer, fatalidad que en nada depende de nosotros, hasta el morir. ¿De qué sirven nuestros cálculos y nuestras previsiones, si sobre ellos estarán siempre lo casual, lo imprevisto, lo inevitable?... Si lo que ha de ser será, aunque nosotros no queramos. La alegría, el pesar, el amor, el llanto, la muerte, todo acude á nosotros sin buscarlo, cuando menos lo preveíamos. ¿Qué actó hay en nosotros del que podamos decir: hijo es de mi deseo, yo lo quise? Ni aun si me diera muerte podría asegurarlo. De mi cerebro enfermo brotaría la idea, fatalmente, como el delirio en la fiebre y en la locura.

DON PRUDENCIO

De ambas te veo amenazado, si no acudes á tiempo y con toda esa fuerza de voluntad que niegas, porque en ti está embotada, ó porque pesan sobre ti culpas que prefieres poner á cuenta de la fatalidad mejor que de tu conciencia.

POETA

No diga usted á mis padres que estoy malo. Me harían ir con ellos y no puedo, nó puedo...

DON PRUDENCIO

¡Cuánto mejor sería! Sí, señor poeta. Usted se creyó águila y no es usted más que mariposa, y las mariposas necesitan aire, campo y flores si han de prolongar su vida efímera: á falta del calor natural que el sol envía desde lejos, mueren pronto abrasadas en llama artificial... que solo da calor cuando quema.

POETA

¿Usted cree que yo tengo talento?

DON PRUDENCIO

¡Según lo que por talento se entienda! Si el anhelo constante de la vida es lograr una felicidad relativa que pueda compensarnos las penalidades inherentes al vivir, si tú no has logrado sino malgastar tus fuerzas sin

fruto en lucha estéril, sin conseguir una hora de felicidad, no tienes talento.

POETA

¿Es entonces talento el egoísmo?

DON PRUDENCIO

Noble y heroico es, poseyendo los medios de hacerse uno feliz á sí propio, aplicar esos medios á la felicidad de los demás sin cuidarnos de la nuestra. ¿Has obrado tú así? ¿Qué has hecho sino sufrir y hacer sufrir á cuantos te quieren? No has sido, pues, ni egoísta ni héroe. Tu vida ha sido inútil para ti y para los demás. El dolor infecundo, ese es dolor.

POETA

¡Ah, bien quisiera abarcar más espacio que el mezquinó de mi ser, y comprender en mí todos los dolores del mundo, ya que el mundo no comprende los míos! ¡No consumirme sin objeto entre ruines pasiones! ¡Sufrir por algo grande, que asombre y fecunde á la hu-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE DE NUEVO LEON
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

manidad! ¡Por descubrir un mundo, como Colón, por redimir al hombre, como Jesús!

DON PRUDENCIO

¡Delirio de grandezas!

POETA

Sí, lo siento; no me resigno á vivir ignorado. Hay más vida en mí de la que para mí solo necesito; por eso vivo... Dentro de mí se agita un mundo extraño, que me impulsa á la vida y no se resigna á morir, aunque yo muera de dolor. Sufro, y quisiera que todos se interesaran por mis sufrimientos; amo, y quisiera que todos comprendieran mi amor. ¿Qué medio para conseguirlo? ¿La Poesía? ¿El Arte?

DON PRUDENCIO

¡La Poesía! ¿Y te juzgas gran poeta? ¿Crees que basta sentir un amor desgraciado para serlo?

POETA

No: dudo y vacilo. ¡Ahí está el mal!

DON PRUDENCIO

Créeme: regula tu existencia; busca una ocupación decente, ya que no has querido terminar una carrera.

POETA

Mi inteligencia, ávida del espacio, no acierta á marchar entre carriles.

DON PRUDENCIO

Pues, hijo mío, es como se camina mejor y más á ciencia cierta. Lanzándose como tú en globo por los espacios imaginarios, ni sabe uno dónde irá á parar, ni si parará alguna vez, ó caerá estrellado; y todo es preferible, hasta una sosegada carreta.

POETA

¿Qué me aconseja usted? Necesito apoyo.

DON PRUDENCIO

En primer lugar, ponerte en cura. ¿Qué sientes?